

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

WILDE, Guillermo. *Religión y poder en las misiones de guaraníes*. Buenos Aires: Ediciones SB, 2009. 512 p. Paradigma Indicial, 7. Serie Historia Americana. ISBN: 978-987-1256-63-1.

Desde una perspectiva renovadora y crítica, esta obra brinda un estudio pormenorizado del proceso por el que las misiones guaraníes¹ se conformaron como una “comunidad política heterogénea” y de límites permeables, reactualizados a través de “mecanismos simbólicos” a lo largo de un recorrido que se extiende desde los inicios de la evangelización jesuítica hasta mediados del siglo XIX. Paralelamente, el autor analiza el protagonismo de los líderes nativos en ese proceso y el modo en que éste se constituyó en forjador de una identidad, reinventada al calor de las interacciones con diversos agentes y sectores del mundo colonizador en el transcurso de dos siglos.

Wilde parte de la hipótesis del liderazgo guaraní como “base de la organización política misionera y el fundamento de su continuidad y dinamismo” (p. 23), idea que desarrolla a través de una serie de personajes concretos y “eventos críticos” (p. 45) en la historia de los pueblos guaraníes: el periodo jesuita, la etapa de transición posterior a la expulsión y la subsiguiente fase de descomposición de los dominios hispánicos y la época de los gobiernos criollos. Bajo este enfoque microhistórico y mediante la aplicación del “juego de escalas” en el análisis del poder (p. 26), se presenta la incorporación de elementos propios de la cultura colonial, así como las redefiniciones y acomodaciones de los liderazgos indígenas a los diferentes contextos y relaciones dentro y fuera del espacio misionero, situado en una zona de frontera entre las posesiones españolas y portuguesas.

Primeramente el autor aborda cuestiones de orden metodológico, como las que se plantean al estudiar la alteridad en el sentido del tiempo (el presente histórico de los actores), desentrañando las tramas y contextos que permitirán reconstruir la “historicidad nativa” o “agencia” indígena (p. 26). En esta empresa, es preciso el manejo cauteloso de las fuentes: desbrozar el campo de la “herencia literaria”, la de los “formadores de discursividad” que construyeron un imaginario en torno a los guaraní misioneros (p. 27). Esto supone una mirada renovada, superando los arquetipos instaurados con relación a la experiencia misionera guaraní. La compleja adaptación y relegitimación del liderazgo guaraní, respondiendo así a los desafíos de diferentes tiempos, espacios y actores, nos aparta de la perspectiva de una avasalladora acción de los evangelizadores y agentes coloniales para situar el foco en los indígenas, atendiendo a los mecanismos, estrategias y negociaciones desplegadas por los líderes a fin de legitimar su poder. En los diferentes contextos,

¹ Este territorio misionero estuvo conformado por los treinta pueblos fundados por la Compañía de Jesús, repartidos en los actuales territorios de Argentina (provincias de Misiones y Corrientes), Paraguay y sur de Brasil, dentro de la jurisdicción de la entonces llamada Provincia Jesuítica del Paraguay.

tanto el derivado de la dinámica reduccional como del orden político colonial en la fase post-jesuítica y, posteriormente, durante el desarrollo revolucionario-independentista, también cumplieron un rol importante las imposiciones del propio “ser nativo”; en tal sentido, el contacto con los pueblos no reducidos simboliza la fuente en la que se nutren esas vueltas o retornos a la esencia étnica, especialmente en épocas de crisis. Todo ello apunta a desterrar una imagen de los indígenas como elementos pasivos en el proceso de evangelización-colonización.

Wilde aporta, en este sentido, un conjunto de interpretaciones que permiten desmitificar algunos aspectos relacionados con un territorio jesuítico “modélico” como el formado por los treinta pueblos guaraníes, contrarrestando la idea de bloques monolíticos y homogéneos, tanto en lo que respecta al mundo indígena (dadas las tensiones intraétnicas, por los conflictos entre caciques y miembros del cabildo, por ejemplo), como en el ámbito de la propia orden evangelizadora. Esto se hace extensivo al periodo posterior a la expulsión de la Compañía, sobre el que se ha anquilosado una imagen de decadencia, deserción indígena y vuelta al pasado “salvaje”.

El tratamiento de la temática en la larga duración posibilita seguir el desarrollo de liderazgos forjados y legitimados por la estructura de poder establecida bajo el régimen misional, que trajo aparejada la pérdida de rasgos tradicionales a la vez que la consolidación de las funciones políticas de los caciques, la aparición de nuevos cargos (miembros del cabildo), la creación de linajes basados en vínculos de sangre y la incorporación de símbolos y rituales; transformaciones éstas que, como destaca Wilde, concernieron también a los conceptos básicos de “temporalidad, especialidad y corporalidad” propios de los guaraníes (p. 88). Entre las innovaciones que las misiones introdujeron en la vida guaraní, sin duda la escritura es no poco relevante, como lo demuestra el uso intensivo que de ella hicieron los líderes en coyunturas clave (guerras guaraníes, por ejemplo).

Dentro de los aspectos desarrollados, resulta de particular interés el estudio de las rupturas y continuidades en el liderazgo guaraní tanto en su faceta política como religiosa, tema sobre el que, como es conocido, se mantienen posiciones encontradas. Para el autor, se trataría de dos competencias no disociadas en la tradición guaraní –al contrario de lo que sostiene Hélène Clastres²-, sino más bien de una delimitación introducida por la propia evangelización, dado el ejercicio de la función religiosa por los misioneros, proceso que bien describe como “expropiación” de una esfera de poder de los “hechiceros” (p. 97), asegurándose así los misioneros el control exclusivo del espacio *sagrado*; en contrapartida, se reforzó el ejercicio del poder político, que incidió en el mantenimiento de estructuras inmovilistas de poder en aras de la estabilidad del régimen misionero (p. 87 y 88).

El periodo post-jesuítico, en que las misiones pasaron a estar controlados por curas y administradores, ofrece nuevas complejidades, que el autor aborda a través de otros episodios y personajes de dichos pueblos. En esta etapa -enmarcada en el reformismo borbónico-, de transición entre el periodo reduccional y el proceso independentista, se asiste a la liberación del régimen de comunidad (dispuesta por el virrey Avilés en 1800) y con ello a la quiebra del marco de estabilidad que ofrecía la

² CLASTRES, Hélène. *La tierra sin mal*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1993.

organización reduccional jesuítica (aun considerando la *movilidad* de sus fronteras, determinada por las interacciones de los indígenas con actores externos a la misión) y la pérdida del sentimiento de pertenencia al pueblo misionero. Ello abre un campo de interacción mayor y por ende de acentuación del mestizaje, desarrollo en el que incide la deserción indígena de los pueblos, los conchabos en el nuevo marco productivo colonial y la presión portuguesa, obligando en el contexto de otras estrategias a redefinir la legitimidad del poder cacical. En esta fase, el mestizaje y las redes de parentesco juegan doblemente en el proceso de consolidación de los cacicazgos. Además, emergen otros factores de legitimación de la autoridad como el uso del castellano, dentro de la política de revitalización de esta lengua propugnada por el reformismo borbónico (circunstancia que también se observa, por ejemplo, durante la gestión franciscana de las reducciones de las fronteras del Chaco³), al tiempo que hubo una intensificación de prácticas mágicas, que el autor analiza a través de los juicios por “hechicería”. ¿Sería este resurgimiento chamánico guaraní comparable con la ola “profética” y de “dioses fingidos” registrada en el último cuarto del siglo XIX entre los chiriguano -sus parientes emigrados al pie de monte andino en Bolivia-, estudiados por Thierry Saignes⁴? A primera vista saltan rasgos que los distancian, ya que en el caso chiriguano habría que descontar de antemano el sentimiento de pertenencia comunitaria e “idealización” del pasado jesuítica que destaca Wilde con respecto a los guaraníes (p. 239), lo que sin duda arrojaría una sugerente línea de análisis comparativo.

Otro punto relevante es el planteamiento de problemas sobre el papel de los guaraníes misioneros en el proceso político inaugurado en 1810, al igual que las reflexiones sobre el concepto de “soberanía” según el modelo del Antiguo Régimen (p. 308), basado en el *pueblo* como sujeto corporativo –comunidad de vecinos-, representado en la institución capitular. En este orden de cosas, el precedente de una larga intervención guaraní en el gobierno “temporal” (aciques, cabildantes) de los pueblos misioneros, dentro de los cuales experimentaron (marcando una frontera con los “infielos”) el pasaje por un tipo de *ciudadanía* aunque condicionada por el modelo jesuítico y por la renuncia a los modos tradicionales de legitimación del poder, tal vez haya coadyuvado a convertirlos en sujetos pasibles de ser *incorporados* (utilitariamente) al nuevo proceso.

En lo que se refiere al impacto de las revoluciones de independencia y de los sucesivos gobiernos de la primera mitad del siglo XIX en la vida indígena, el análisis de Wilde nos demuestra la importancia del contexto bélico, las disputas fronterizas y el despliegue de los diferentes proyectos políticos que sucedieron al fraccionamiento del territorio virreinal rioplatense, como telón de fondo sobre el que se proyectan las actuaciones de los líderes así como sus oportunidades de promoción a través de la participación militar. La experimentación de una fase previa de “ciudadanía” jesuítica

³ En concreto, en una misión de indígenas lules en 1773, se privilegió a quienes hablaban español para elegir sucesores al cacicazgo. A la vez, también podían ser ascendidos a funciones preeminentes los lenguaraces que habían intervenido en “tratativas de paz”, en pleno despliegue de la diplomacia fronteriza en los años 1770. Par estos y otros aspectos, como la conformación de “macro”-liderazgos: VITAR, Beatriz. Algunas notas sobre las figuras de los líderes chaqueños en las postrimerías del siglo XVIII. En: TERUEL, Ana; LACARRIEU, Mónica y JEREZ, Omar (comp.). *Fronteras, Ciudades y Estados*. Córdoba: Alción Editora, 2001, p. 21-44.

⁴ SAIGNES, Thierry. *Historia del pueblo chiriguano*. Compilación, introducción y notas de Isabelle Combès. La Paz: IFEA-Embajada de Francia en Bolivia, 2007, p. 127-158 (“*Tumpa contra mburuvicha*”).

y otra de ajuste al nuevo contexto del reformismo ilustrado, en cierto modo volvieron a los guaraníes particularmente aptos en el terreno de los pactos o sujetos privilegiados para la dirigencia revolucionaria en aras de captarlos como fuerza militar, funciones éstas que les abría el paso a la obtención de grados como el de capitán de compañías o de cargos políticos que “antes les habían sido vedados” (p. 324). Nuevamente, algunas trayectorias individuales sirven para ejemplificar las conductas de autoridades guaraníes como el corregidor Ignacio Mbaibé (p. 323), que van desde la adhesión a la Junta de Gobierno de Buenos Aires hasta su adhesión al movimiento artiguista. La participación en los ejércitos revolucionarios nos mostraría, en la percepción de Wilde, el interés por preservar la integridad de unos pueblos que peligraba por diversos flancos, mostrando la pulsión de ese sentimiento de pertenencia que se fraguó en el tiempo misional jesuítico, coadyuvando así también a su idealización.

Esta mitificación del pasado se manifiesta incluso en la estrategia criolla para captar a los indígenas, como se observa en la campaña de Manuel Belgrano (p. 311), con la consecuente movilización de símbolos y rituales propios de la experiencia misionera guaraní. La persistencia de elementos simbólicos y rituales adquiridos en la fase jesuítica, impresos en la memoria guaraní, se convierten en vehículos para re-legitimar su autoridad (a la par que conservar su identidad – integridad como pueblo) frente a nuevos contextos. En un mecanismo de retroalimentación, la estructura cacical guaraní y el gobierno capitular misionero fueron el sostén del modelo jesuítico de pueblo, a la vez que sirvieron, en tiempos postreros, como registros básicos de legitimación de la autoridad indígena frente a las nuevas instancias de poder.

Al cierre del periodo temporal (años 1840) que abarca el estudio, el autor introduce un fragmento de las cartas de J. P. Robertson donde se destaca la presencia de una alcaldesa junto a su par masculino en el pueblo de Loreto (p. 377), lo que sin duda resulta sugerente para futuras indagaciones sobre la presencia femenina en funciones de liderazgo, determinando si se trata de un episodio aislado o de una continuidad en el ejercicio de este tipo de atribuciones.

Es de apreciar el estilo narrativo de Wilde, la acertada selección de testimonios y el aparato de notas que completan sobradamente determinados contenidos. Por último, desear que este sugerente y a la vez ameno libro sea conocido por los guaraníes de hoy, como una contribución a la recuperación de su historia y memoria comunitaria.

Beatriz Vitar
Universidad de Sevilla
mvitar@us.es